Chicas Hot Chicas Play

Gus Ellefson

Capítulo 1

Margarita

Intento abrir la chapa de la puerta de mi apartamento, mientras hurgo con uno de mis dedos el interior de la cerradura. Le doy vueltas al tambor y empujo el cilindro, de modo que el pestillo salga del cerradero. Noto que la bocallave de la cerradura está muy grande como para mirar a través de ella. Pego el ojo en la cerradura, pero me sorprendo al ver a un hombre moreno, de contextura gruesa con su pene erecto. Da la impresión de que lo tiene vigoroso como si le hubieran dado vitaminas. Me da algo de risa y me tapo la boca en silencio, previendo que ese "loco" no me escuche decir en voz baja palabras obscenas. A decir verdad, el tipo mueve su pene al ritmo de la música clásica, como si tuviera una batuta pegada a su pelvis o un diminuto palo de escoba que barre el polvo. Es divertido y simpático. Me rasco la cabeza, pero siento un leve temblor en las piernas. Aquello es raro y descubro que mi calzón fucsia está húmedo. No es gracioso, pues mi vagina jamás humedece mi ropa interior. Esto me inquieta y sospecho que aquellas gotas resbalan por mis piernas y caen el suelo hasta hacer un charco que baja lentamente por los peldaños de la escalera. Quizás, nadie se resbale, pero esta situación es incomoda e intuyo que a lo mejor me observan, por el solo hecho de apreciar a un hombre desnudo cuyo nombre lo sabrá su mujer o su amante, a quien ha dejado solo por una tarde. Sigo interesada y de nuevo, miro por entre la bocallave de la cerradura al hombre con su pene erecto, moviéndolo pausadamente mientras escucha la música clásica de Mozart. Me toco el pecho, sudo, inhalo aire y me da pánico al escuchar el sonido de una puerta que, si bien esta en el piso de abajo, mi corazón palpita al ritmo de un tambor. Me levanto del suelo en silencio, saco un espejo de la cartera y le echo un vistazo a mi rostro, el cual esta colorado como un rábano. De un momento a otro, se cae una puntilla de un muro y clavo mis ojos en la escalera que está a unos pasos del apartamento. Parece vacía, pero se escuchan pasos y voces de niños en el primer piso del condominio. Mi sangre comienza a hervir y mis ojos se enrojecen como tomates frescos. Quizás, esos chicos pensaran que soy una loca de este edifico de siete pisos o una delincuente en busca de un quehacer en un lugar exclusivo. Me siento sin aire y miro el reloj de pulsera que no tiene cristal de cuarzo. Es tarde y pienso en cómo salir de aquí, sin que nadie se entere de lo que he visto. Tan solo fue algo accidental y reconozco que fue excitante. Lo juro, pero seguramente los niños están cerca. Tengo pena de verlos, en este piso, inundado de olores rancios. Sé que esto es vergonzoso, pero a mi modo de ver, soy libre y hago lo que se me venga en gana con mi vida. Los dejaré que suban o molesten en este lugar, donde verán a una mujer adulta y soltera. Luego me haré la inocente y seguiré viendo aquel hombre desnudo que no hace más que menear su pene al ritmo de Mozart. Al fin y al cabo, nada me importa en este miserable país. Nuevamente, me arrodillo rápidamente y pego el ojo en la chapa. No hay

nada. ¿Dónde está? No veo nada, pero escucho la música, al igual que los niños, subir el primer peldaño de la escalera del primer piso. Angustiada, intento pararme, pero la puerta se abre de par en par y miro hacia arriba como si un hilo alzara lentamente mi cabeza. Vaya sorpresa. Me pongo las gafas que, aunque no son de aumento, me permiten ver de cerca. Sin embargo, me doy cuenta de que soy una mujer ridícula, testaruda y sin sentido común, pues estoy en el apartamento contiguo al mío, el menos lujoso de una edificación antigua. Qué pena tan grande. El hombre que acaba de abrir la puerta es un travesti, bien vestido, con cabello largo y senos postizos, quien suelta una carcajada. No le dije nada por temor a que me insultara. Me levanto apurada del suelo y bajo las escaleras del edifico.

Azucena

Estoy sentada en una mesa; en una panadería finísima del centro de la capital. No hay mucha gente o por lo menos, no noto tanta clientela como solía verla en mi adolescencia en las panaderías del barrio Belalcázar. La mesa esta atiborrada de botellas de gaseosa y boronas de pan de coco. De hecho, la gente rica no come migajas de pan porque piensan que les da mala suerte en sus vidas. Levanto lentamente la mano. La mesera llega apurada o agitada por la forma en que respira. La mujer es alta, de pelo negro y cuerpo delgado, pero tiene cara de hombre a quien se le nota los años en su cuerpo. Me mira a los ojos, pero le desvió la mirada, pues tiene un ojo visco o quizás operado, en una clinica estatal.

- ¿Que desea? -dijo con voz gruesa.

-Un tinto.

La mesera se va y se esconde detrás de la vitrina, donde tararea en voz baja una canción de Rubén Blades. Cruzo con disimulo las piernas y miro a través de la puerta. Veo la gente pasar. Muchos hablan mierda con los amigos, mientras que otros fuman cigarrillos rubios. Al rato, llega la mesera con el tinto. Se le ve mal humorada como si alguien le hubiera gritado en la cara. Coloca el café sobre la mesa, pero lo hace en forma brusca o mal intencionada, pues algunas gotas del líquido caen sobre mi falda. En ese preciso instante, imagino que una de las gotas penetra la tela hasta mojar mi ropa interior, haciéndome cosquillas en la punta del clítoris. Le echo un vistazo al local como haciéndole creer a la mesera que estoy nerviosa. Aquel picante pensamiento me anula la imaginación en segundos. La mesera me observa con interés o presume ser una mujer importante ante los ojos de la clientela. Luego, ojeo el tinto e intento secarme la falda con una servilleta. De nuevo, imagino que tomo un pedazo de papel y lo meto en el interior de la ropa con el ánimo de secar mi calzón de color negro. Me dan ganas de sonreír por haber pensado de esa manera. Pongo mis brazos sobre la mesa y abro las piernas, de modo que entre un poco de aire fresco. Presto atención a la puerta. En la calle

hay un hombre joven y buen mozo que se detiene justo enfrente de la panadería. Le echa un leve vistazo al local donde se escucha una canción de Cuco Valoy. Después, fija su mirada en la mía. Parece que tuviera candela en sus ojos por la forma de apreciarme. Me pongo colorada como un rábano y siento una piedra rodar por la garganta. Sudo. Respiro rápido. El hombre entra a la panadería, se pone unas gafas oscuras, pero no quita el ojo a mis piernas. Supongo que rasguña mis medias veladas con su vista o a lo mejor, descubrió la gota de café en mi ropa interior y se imaginó que tenía una araña. Acto seguido, frunció el ceño y sonrió a la mesera. El hombre da pasos torpes y se me acerca, mientras muevo despacio el culo como haciéndole creer que la silla me queda grande. Bostezo. Él se da cuenta de que soy como tímida y prefiere sentarse en una mesa, justo al lado de la mía. Levanta la mano y pide un café. La mesera me hace mala cara, pues parece que le incomodara mi presencia. El hombre sin miedo me pregunta.

- ¿La conozco?

-No

-Me da la impresión de que la he visto.

-No

Su voz me incomoda y siento frio en el cuerpo como si hubiera permanecido en un congelador. A mi modo de ver, el hombre no se ve serio dentro este mundo globalizado. Nuevamente, imagino las gotas del café mojando mi calzón. No supe por qué, pero me dieron ganas de ir al baño. Respiro rápido. Me levanto de la silla, doy tres pasos y me detengo, pensando en el hombre cuya cara intranquiliza hasta las moscas. Sin embargo, el baño esta oscuro y cierro la puerta, de modo que nadie entre sin permiso. No se escucha ni el ruido de la maquina dispensadora de gaseosas, ni a los clientes sorber café. Me peino el cabello con mis manos temblorosas, pero de repente, la puerta se abre y me tocan rápidamente el culo. Intento gritar. Siento la voz de un hombre o parece "un hombre" por su tono de voz. Doy pequeñas vueltas en el baño. Me desespero un poco e intento salir, cuando súbitamente se van prendiendo las luces del lugar. Me pasmo, pues no es un baño cualquiera, es un horno, importado para hacer panes a una temperatura media, el cual es manipulado por la mesera con cara de hombre, quien oprime un botón desde la vitrina del local.

Linda

Sorbo el jugo y lo saboreo con la punta de la lengua. Mis fosas nasales se abren un poco, mientras mis pupilas gustativas disfrutan el sabor dulce del líquido. De nuevo, saboreo el jugo y pienso en la cena de esta noche. Suelo comer a las 7 en punto, hora en la cual, los vecinos dejan de

escuchar música Salsa. A esa hora, me acompañara Tony, un amigo, quien no ha cambiado físicamente desde que lo conocí en 1998, en un parqueadero de la ciudad. Su personalidad me encanta, pues es amable, gracioso y de buen gusto culinario. A Tony le gusta comer arroz blanco, pero desgraciadamente siempre bota algunos granos fuera del plato y se hace el tonto cuando comete la falta. De igual manera, tuerce los ojos como un robot de juguete y se pone colorado como un tomate. Aquel comportamiento lo hace interesante, o quizás, lo hace fascinante ante las miradas perspicaces de muchas mujeres del vecindario. De nuevo sorbo el jugo, pero en cuanto lo tomo con una de mis manos, suena el teléfono de la casa. Me levanto de la mesa y contesto la llamada con displicencia. Detrás del auricular esta Juan, amigo de mi infancia a quien no veo desde el lunes pasado.

- ¿Ira esta noche? -preguntó preocupado Juan.

- Apenas comienza el día. -dije con una sonrisa.

-Termino de hacer una consulta y paso a ayudarte. Debes escucharme.

-Otro día.

-No voy a esperar.

-Deberías hacerlo.

-Es tu última noche. La traición a duras penas se reconoce. Aquello te retorcerá la cara y te morderá el alma. Tony tiene un instinto salvaje. -dijo asustado.

-Tan solo deberías tener paciencia. No vengas y quédate, allá, investigando mundos ocultos. -dije enojada.

Juan colgó el teléfono. Me dio rabia haberlo escuchado con ese tono. Juan es un hombre bastante aburrido. De hecho, sus comentarios son insulsos y hasta me ha quitado las ganas de beber el jugo y permanecer sentada en el comedor. Miro la hora. Aún es temprano. Me levanto de la mesa y camino despacio en la cocina. Me da algo de sueño y subo las escaleras hasta llegar a mi alcoba. Todo se ve tranquilo a excepción del aire acondicionado, el cual no funciona muy bien. En algunas ocasiones, chispea y produce un ruido ensordecedor. Mi cama esta desorganizada y las sabanas están en el suelo. No me gusta tenderla ni a palos. Lo interesante es que no huele a diablos. Aquello me relaja, pues sudo mucho por las noches y no emano olores apestosos. Me acuesto en ella y cierro los ojos por un instante, recordando curiosamente la imagen de Tony, quien me vio masturbándome el mes pasado. Qué vergüenza. Entró al cuarto sin previo aviso, sacó su lengua y me mostró sus ojos rojos.

Parecía poseído por un ente extraño. No me asusté, pero dejé de frotarme el clítoris. Luego, crucé las piernas y sonreí como si hubiera visto una película divertida. Esa inusual postura, enrojeció a aquel ser tan extraordinario. A lo mejor, Tony pensó que hacia yoga o un ejercicio de estiramientos musculares. Lo juro, así Juan crea lo contrario. No creo que nadie pueda tener un amigo como él en el mundo entero. Lo curioso es que, a veces, me dan celos verlo con "otras" en la calle. Una sensación muy curiosa o rara, pues, Tony tiene un universo ajeno al mío o desconocido en este planeta, cercado de malos espíritus.

Han pasado 20 minutos y sigo acostada en la cama. No hago nada productivo. Tan solo muevo las pestañas y me tiro pedos con el ánimo de asustar a las moscas. Me remango la camisa. y muevo el labio superior de mi boca. Lo noto seco. El aire es denso y respiro hondo. Doy vueltas en la cama como un trompo viejo, pero me desespero, pensando en la cita de esta noche. Me paro con desidia de mí lecho y camino hacia las escaleras. Pongo la pierna izquierda en el primer peldaño. La madera cruje y un ruido se oye a lo lejos. Da la impresión de que las hojas secas de los árboles son pisoteadas con fuerza. Mis piernas tiemblan y me detengo en seco, pensando en la visita de Juan. Posiblemente está en el antejardín de la casa. No quiero que me acompañe esta noche, ni mucho menos quiero que me de consejos sin sentido. A veces, Juan solo piensa en sexo o en follarse a todas las mujeres del vecindario como un fantasma. Eso me lo dijo un día, mientras tomábamos brandy en un bar. De pronto fue una broma o un estúpido chiste, pero a mi modo de ver, está enfermo o padece de algún problema mental. En ocasiones habla de premoniciones y de cosas nefastas. Está loco.

La madera, de nuevo, cruje y la puerta suena. Mi cuerpo se paraliza como si lo hubieran pegado con cinta. Me cuesta trabajo, poner la pierna derecha en el peldaño siguiente, pregunto.

- ¿Quién? ¿juan?

De nuevo, se escucha un ruido seco como si estuvieran escarbando el piso de mi casa. Los insectos salen de sus guaridas. La casa comienza a oler a basura. Mis fosas nasales se abren un poco, mientras segrego saliva de mi boca.

-Juan, te dije que no es mi última noche.

Bajo al primer piso. Nadie, absolutamente nadie, responde. Aquello me intriga y pienso en mi bienestar. Vivo sola y no creo que tenga destrezas para defenderme de un ataque brutal o una violación masiva. El ruido que produce la madera me exaspera un poco. No es usual que suene de esa manera, ni mucho menos cruja de ese modo. Supongo que algo pesado la hace vibrar. El primer piso de la casa aparentemente es seguro. Eso parece, pues por lo general las luces están prendidas y las ventanas

cerradas. Doy unos pasos hacia la puerta. Cruzo los brazos y respiro el aire frio. Mi corazón late y siento la sangre caliente. Mis pupilas se dilatan y segrego más saliva por la boca.

-Juan, responde por favor.

En cuanto, pongo la mano derecha en la chapa de la puerta, Tony la empuja con sus patas. Se para justo enfrente y me mira con ojos perversos. Sus ojos blancos se tornan rojos como los de un demonio. Saca su lengua y babea como si le exprimieran la cabeza con fuerza.

- ¿Tony?

Tony se hace el que no escucha. Comienza a abrir su hocico y ladra sin detenerse. Da un salto hacia arriba y mueve su cola, sacudiendo las moscas que hay sobre las hojas secas de un árbol. Sin miedo y resignación, se lanza a mi pecho y muerde mi tórax. Veo sangre escurrir hasta los pies y caigo al suelo. A medida que pestañeo, siento que Tony espera una manada de perros igual de hambrientos. Todas esas bestias se me tiran y destrozan con sus colmillos la piel, mi carne, los músculos. "Mi última noche, su ultima cena", pensé en Juan a quién veo salir de su carro, empuñando una varilla de cobre.

Cindy

Le hago venias al vigilante como un robot y le guiño el ojo a un mosco. Luego, abro un poco la boca y me trago un pelo negro. No lo escupo, lo mantengo apretado con la boca cerrada, esperando que no se lo lleve el viento. Son las tres de la tarde y apenas entra un cliente. Es buen mozo. Le luce el pantalón fucsia y las gafas oscuras de montura metálica. Creo que no está de afán y se sentara justo al lado de la mesa. Disimuladamente, toco mis nalgas a sabiendas que nadie me vio hacerlo. En algunas ocasiones me rasca el pubis y siento que me orino. Soy tímida. De hecho, no muevo ni las orejas cuando un hombre está a mi lado. Es curioso. Debería hacerlo como lo hace, mi compañera Alberta. Es coqueta. La han visto hablar con hombres. Es divertida, pero a mi modo de ver, su personalidad es rara. Su aliento es inmundo. Da la impresión de que nunca se baña o siempre come comida chatarra. A mí nunca me da hambre, no soy anoréxica, ni bulímica, ni padezco de algún trastorno. En efecto, no como y punto. Veo de nuevo al cliente del pantalón fucsia. Esta sentado y no dice nada. Espera que lo atiendan o prefiere mirar el establecimiento. Al fin y al cabo, el lugar esta atiborrado de artilugios sin valor comercial. Es un negocio enclaustrado en la zona popular que muy poca gente visita. Por ejemplo, ayer en la mañana, entró una mujer bonita y se miró al espejo, pero se asustó. Alberta dijo que se parecía al demonio de Tasmania. Ridícula.

Acabaron de prender la luz de una alcoba. Quiero echar un leve vistazo, pero me da pena que vean mi cuerpo. Parezco una pordiosera con maquillaje. Triste. No deseo mover los ojos. El cliente de pantalón fucsia ingresa a la alcoba, habla como duro, pero no se le entiende ni J. Al rato sale del cuarto con una sábana blanca. Veo por el rabillo de mi ojo derecho que se acerca. Se ve raro. Tengo ganas de correr, de gritar y cogerlo a patadas. Pero es tarde. Se para justo a mi lado. Me huele el cuello y saca su lengua. Es áspera como una lija. Acto seguido, me toca el culo y siento que me orino. No puedo hacer escándalos en este sitio. Soy una empleada, quién vive por vivir. El hombre me coloca la sabana blanca y me agarra la cintura. Escucho que paga con un billete de veinte mil pesos. Siento que me cargan como un bulto de papas y me lanzan al interior de un carro. Parece que es el camión que escuche segundos atrás. Cierran la puerta y el carro sale despavorido del establecimiento. Quiero gritar, pero cuando intento abrir la boca, me quitan la sabana del cuerpo. El hombre de pantalón fucsia esta sobre mi cuerpo. Saca su pene y se ríe.

-Eres la muñeca más rica que he comprado. -dice el hombre

Me sujeta las piernas y mete su pene en mi vagina de hule. Eyacula y se queda sin pantalones por un buen rato. Prende un cigarrillo y llora. Siente que su vida emocional es lamentable. Se le ve solo y sin amigas.

-Te hago el amor a mi manera. Te meto el pene como quiera. No quiero tener a nadie en mi vida que me quite el tiempo como lo hacen otras. Muñeca linda, eres un maniquí bien barato para ser usado por ratos.

Sus palabras me lastiman. Soy falsa y vacía. Muñeca soy y seré por siempre un muñeco exclusivo para ser manoseada por morbosos. Tengo miedo que me quiten mis brazos y me lancen a la basura. Esto es triste, muy triste y no hay nada que hacer.

Magaly

De hecho, sigo pensando en cómo escribir una novela de amor, pero, a decir verdad, todo es muy confuso y no concibo la idea de permanecer sentada por mucho tiempo. Dudo de mi trabajo y estiro las piernas hasta dejar las nalgas en el borde de la silla. En cuanto muevo la cadera, siento un pequeño dolor en el coxis, mientras observo casualmente el techo donde hay un insecto, igual de grande a una canica de vidrio, que brilla con la luz de la lámpara. Le hago un guiño y gesticulo el rostro como haciéndole creer que estoy muy cansada. Me da risa y me rasco la barriga. De nuevo, respiro hondo y escarbo la cartera de cuero que tengo justo al lado del computador. Veo una cartuchera, dos lápices y un cortaúñas. De igual manera, veo dos chicles aromáticos envueltos en una bolsita plástica. Se me hace extraño, ya que no consumo ese tipo de

dulces. A lo mejor son caramelos para reducir el colesterol a sabiendas que no soy gorda. Pienso en su procedencia, mientras me muerdo el labio superior de mi boca. Tomo la bolsita plástica con una de mis manos y la sacudo hasta hacerla sonar como si una piedrecita golpeara un vidrio. Miro con curiosidad el interior de la bolsita y saco un chicle con el dedo índice de mi mano derecha. Lo miró, le doy vueltas y lo mastico tímidamente en mi boca, dejando que la lengua la saboree con estilo. Me gusta su sabor, pero repentinamente veo luces de colores en mi cabeza. Algunas se mueven a gran velocidad, pues no las alcanzo a contar con mis dedos. Aquello me da miedo y agarro fuertemente la silla, convencida que pronto terminara el efecto. Respiro rápido y mantengo la calma, mientras miro el espejo que hay en el cuarto atiborrado de libros y revistas. Escucho la voz tierna de un niño y luego, veo a una araña verde, meterse dentro la chapa de la puerta. Me da pánico. Callo y pongo la cabeza sobre el escritorio, de modo que aquellas visiones desaparezcan con la brisa de aquella tarde. Espero unos minutos y caigo dormida como una roca. Me veo en un sombrío hospital, el cual no tiene puertas, ni ventanas, ni salida de emergencia. Además, veo a un hombre joven, de aspecto atlético, sentado a mi lado. Llora y les suplica a dos enfermeras de turno para que le quiten el trozo de un espejo incrustado en su pecho.

–Señor, aguante. ¿Su mujer le ha herido? –dijo una enfermera con rostro angelical.

–Sí, la misma. Como siempre –dijo otra enfermera, quien tomaba un café.

Una hora después, abro los ojos, pero aún me siento trastornada. Me da como angustia pues, a fin de cuentas, no pude comprender el punto de giro y desenlace de aquel sueño. Me levanto sobresaltada y camino sin sentido como si fuera un muerto viviente. Sudo y me como las uñas de las manos. Me da taquicardia y pienso en el sabor del chicle, pues todavía sabe a menta. Sin embargo, de nuevo, veo en mi cabeza, una montaña dorada en la que un hombre, baja de ella, y se me acerca. Me pasmo. Aquel quimérico hombre joven del hospital que se apareció en el interior de mi mente me da un beso en la mejilla y me dice que soy hermosa. Le creo.

Permanezco inmóvil y clavo mi mirada en la suya. Sus ojos parecen que brillan. Da la impresión de que anda perdido o presume estar contento en este universo. El hombre, nuevamente, me da un beso y me abraza. Siento cosquillas en el estómago y me pongo colorada. Respiro hondo y toco su rostro.

-Dame la oportunidad de sentirte por un instante -dijo alegremente el hombre, mientras coloca su ropa interior de colores en mi

armario.

-Estoy embotada. -dije tímidamente.

-Paciencia.

-No la tengo.

-Fantaseas. -dijo con voz suave el hombre.

-Quizás.

-Entonces, dormiré a tu lado. -dijo.

-Suena divertido.

-Mi compañía es agradable.

-Dudo

-Vuelas

-Me inquietas.

Minutos después, lo beso en la boca. El hombre retrocede y desaparece dentro de una nube negra que flota. Se ausenta injustificadamente, me da ira e imagino lo peor. Me muerdo los codos al pensar que tiene una amante. Una mujer más interesante cuyo cuerpo incita al deseo. Me dan celos. Aquello me rompe el alma. Husmeo el armario y lo huelo día tras día como un plantígrado. Busco una prueba de su ofensa. Camino desesperada en el interior de mi casa y pienso en morir para siempre. Me desnudo, me paro en frente del espejo y espero que un oráculo me indique el momento y la hora exacta para romper el vidrio. Sin embargo, el hombre aparece en mi alucinación y me persuade para que no golpee el espejo con mi cuerpo.

- Puedo romper el vidrio sin dificultad. -dije

El hombre me grita y se agarra el cabello.

- No lo hagas. Podrías perder la vida en cualquier momento. -dijo él.

Rompo de un cabezazo el cristal. Los vidrios vuelan por los aires. Uno corta una cortina de seda, otro, el más afilado, se me incrusta en el pecho. Grito como una loca y convulsiono, mientras el hombre se esfuma de mi alocado cerebro. Al cabo de una media hora, despierto abstraída sobre una camilla de un hospital en la que dos enfermeras de turno

intentan salvarme la vida.

–Está intoxicada –dijo una enfermera, de rostro inexpresivo.

–Estaba sola, delirando. Parece que perdió el control de sus actos y se golpeó la cabeza con un espejo que tenía en su cuarto atiborrado de libros y revistas. –dijo la otra enfermera, quien tomaba una taza de chocolate.

–Hablaba de un hombre.

–Quizás, ese señor era parte de sus sueños. Tan solo una de sus fantasías.